

Sea lo que quiera de estos estorbos que impiden ver claro, Mr. de Talleyrand no es tal que pueda crear una ilusión duradera: no hay en él bastantes facultades de crecer para convertir las mentiras en aumentos de estatura. Ha sido visto muy de cerca, y no vivirá, porque su vida no está enlazada ni á una idea nacional que haya quedado en pos de él, ni á un hecho célebre, ni á un talento sin igual, ni á un descubrimiento útil, ni á una concepción que forme época. La existencia por la virtud le está prohibida; los riesgos no se han dignado visitar siquiera sus días; pasó el reinado del terror fuera de su país, y no volvió á él sino cuando el foro se convirtió en antecámara.

Los monumentos diplomáticos prueban la medianía relativa de Talleyrand: no podría citarse un hecho de algun valor que le pertenezca. Del tiempo de Bonaparte ninguna negociacion importante hay suya: cuando estuvo en libertad de obrar por sí solo, dejó escapar las ocasiones y estropeó todo cuanto tocaba. Está bien averiguado que él fue causa de la muerte del duque de Enghien: esta mancha de sangre no puede borrarse: lejos de haber yo acriminado al ministro al dar cuenta de la muerte del príncipe, le he tratado con sobrado miramiento.

En sus afirmaciones contrarias á la verdad tenia Mr. de Talleyrand un pasmoso descaro. No he hablado en *El Congreso de Verona* del discurso que leyó á la cámara de los Pares relativamente al mensaje sobre la guerra de España: ese discurso principiaba con estas solemnes palabras:

«Hace hoy diez y seis años que, llamado por el que gobernaba á la sazón el mundo para darle mi parecer sobre si habria de empeñarse lucha con el pueblo español, tuve la desgracia de desagradarle revelándole todos los peligros que iban á surgir de una agresion tan injusta como temeraria. La desgracia fue el resultado de mi sinceridad. ¡Extraño destino el que despues de ese largo espacio de tiempo me trae á renovar cerca del soberano legítimo los mismos esfuerzos, los mismos consejos!»

Hay faltas de memorias ó mentira que causan miedo: aguza uno los oídos, y se restrega los ojos sin saber lo que le engaña, si la vigilia ó el sueño. Cuando el que ha dicho esos imperturbables asertos baja de la tribuna y va á sentarse impasible en su puesto, le sigue uno con la vista, suspenso entre una especie de espanto y una especie de admiracion, é ignorando si aquel hombre ha recibido de la naturaleza una autoridad capaz de reconstruir ó aniquilar la verdad.

No contesté: parecíame que la sombra de Bonaparte iba á pedir la palabra y á renovar el terrible mentís que en otro tiempo habia dado á Mr. de Talleyrand. Entre los pares estaban sentados todavía testigos de la escena, entre otros el conde de Montesquieu: el virtuoso duque de Doudeauville me la refirió, habiéndola oído de la boca misma de Mr. de Montesquieu, cuñado suyo: el conde de Cessac, que se halló presente á aquella escena, la repite á todo el que quiere oirla: él creía que al salir del despacho seria arrestado el gran elector. Napoleon exclamaba encolerizado interpelando á su descolorido ministro: —«No hay duda en que os está bien el gritar contra la guerra de España, á vos que me la aconsejasteis, y de quien tengo una porcion de cartas en que tratáis de probarme que esa guerra era tan necesaria como política.» Esas cartas desaparecieron cuando el robo de los archivos de las Tullerías en 1814.

Mr. de Talleyrand declaraba en su discurso que habia tenido la desgracia de desagradar á Bonaparte

descubriéndole el porvenir, revelándole todos los peligros que iban á surgir de una agresion no menos injusta que temeraria. Consuélese Mr. de Talleyrand en su tumba, que no ha tenido esa desgracia: no tiene que añadir esa calamidad á todas las aflicciones de su vida.

La falta principal de Mr. de Talleyrand hácia la legitimidad es haber disuadido á Luis XVIII del matrimonio entre el duque de Berry y una princesa de Rusia: la falta imperdonable de Mr. de Talleyrand hácia la Francia es haber consentido en los inicuos tratados de Viena.

Resultado de las negociaciones de Mr. de Talleyrand que hemos quedado sin fronteras: una batalla perdida en Mons ó en Coblenza traeria en ocho dias la caballería enemiga á las puertas de París. En la antigua monarquía, no solo estaba cerrada la Francia por un círculo de fortalezas, sino defendida sobre el Rhin por los Estados independientes de la Alemania. Era preciso invadir los electorados ó negociar con ellos para llegar hasta nosotros. En otra frontera, la Suiza era país neutral y libre; no tenia caminos; nadie violaba su territorio. Los Pirineos eran intransitables, guardados por los Borbones de España. Eso es lo que no comprendió Mr. de Talleyrand: tales son las faltas que le condenarán siempre como hombre político, faltas que nos privaron en un dia de los trabajos de Luis XIV y de las victorias de Napoleon.

Se ha pretendido que su política habia sido superior á la de Napoleon: en primer lugar hay que tener bien presente que uno no es mas que mero escribiente cuando tiene la cartera de un conquistador, que todas las mañanas coloca en ella el boletín de una victoria y cambia la geografía de los Estados. Cuando Napoleon llegó á embriagarse, cometió faltas enormes, y que saltaban á la vista de todos: Mr. de Talleyrand las vió probablemente como todos; pero eso no indica una vista de lince. Comprometiése de un modo extraño en la catástrofe del duque de Enghien, y se engañó acerca de la guerra de España de 1807, aunque haya querido despues negar sus consejos y recoger sus palabras.

Sin embargo, un actor no tiene prestigio si está enteramente desprovisto de los medios que fascinan al parterre; así es que la vida del príncipe ha sido una decepcion continuada. Sabiendo lo que le faltaba, huía de todo el que podia conocerle: su estudio constante era no dejarse palpar: retirábase á tiempo en silencio, y se ocultaba en las tres horas mudas que concedia al whist. Maravillábanse de que semejante capacidad pudiera descender hasta los entretimientos del vulgo. ¿Quién sabe si esa capacidad repartía imperios, arreglando en su mano los cuatro caballos? Durante aquellos momentos de escamoteo, redactaba interiormente alguna frase de efecto que le hubiese inspirado un folleto de la mañana ó una conversacion de la tarde. Si os llamaba aparte para ilustraros con su conversacion, su principal modo de seducir era abrumaros de elogios, llamaros esperanza del porvenir, predeciros brillantes destinos, daros una letra de cambio de grande hombre, librada contra él y pagadera á la vista; pero si hallaba vuestra fe en él algo sospechosa, ó conocia que no admirábais lo bastante algunas frases breves y con pretensiones de profundidad, tras de las cuales nada habia, se alejaba por miedo de dejar ver el cabo de su talento. Habria contado bien; pero sus chanzas caian solo sobre algun subalterno ó algun tonto, con quien se divertía sin peligro, ó sobre una victima, hechura suya y blanco de sus burlas. No podia seguir una conversacion seria, pues á la tercera vez que abría los labios espiraban sus ideas.

Antiguos grabados del abate de Perigord representan un hombre muy lindo; al envejecer Mr. de Talleyrand ha ido aproximándose á la cabeza de muer-

to; sus ojos estaban turbios, de suerte que apenas podia leerse en ellos, lo cual le servia de mucho; como habia recibido mucho desprecio, se habia impregnado de él, y lo habia colocado en las dos extremidades pendientes de su boca.

Unos modales aristocráticos que provenian de su nacimiento, una severa observancia de las conveniencias, un aire frío y desdeñoso, contribuian á alimentar la ilusión errededor del príncipe de Benevento. Sus maneras ejercian dominio sobre el vulgo y sobre los hombres de la sociedad nueva, los cuales ignoraban la sociedad de los antiguos tiempos. En otro tiempo encontraba uno á cada paso personajes cuyos modales se asemejaban á los de Mr. de Talleyrand, y no se hacia alto en ellos; pero casi único en medio de las costumbres democráticas, parecia un fenómeno; para soportar el yugo de sus formas convenia al amor propio achacar al talento del ministro el ascendiente que ejercia su educacion.

Cuando el que ocupa un puesto importante se halla mezclado á revoluciones prodigiosas, le dan una importancia de casualidad que el vulgo toma por mérito personal; perdido Mr. de Talleyrand en los rayos de Bonaparte, ha brillado bajo la restauracion con el esplendor tomado de una fortuna que no era la suya. La posicion accidental del príncipe de Benevento le permitió atribuirse el poder de haber derribado á Napoleon y el honor de haber restablecido á Luis XVIII; yo mismo, como todos los papanatas, ¿no he sido bastante necio para dar crédito á esa fábula? Mejor informado, he visto que Mr. de Talleyrand no era un Warwick político; faltaba á su brazo la fuerza que abate y levanta los tronos.

Crédulos imparciales dicen: —«Convenimos en que era hombre muy inmoral; ¡pero qué habilidad la suya!» ¡Ay! hasta hay que perder tambien esa esperanza tan consoladora para sus entusiastas, tan deseada para la memoria del príncipe; la esperanza de hacer de Mr. de Talleyrand un demonio.

Fuera de ciertas negociaciones vulgares, en el fondo de las cuales tenia la habilidad de colocar en primera línea su interés personal, no habia que pedir nada á Mr. de Talleyrand.

Mr. de Talleyrand guardaba ciertos hábitos y algunas máximas al uso de los sicofantas y malos sujetos de su intimidad. Su traje en público, copiado del de un ministro de Viena, era el triunfo de su diplomacia. Gloriábase de no tener prisa nunca, y decia que el tiempo era nuestro enemigo, y era preciso matarlo; de donde hacia profesion de no estar ocupado sino pocos momentos.

Pero como en último resultado no ha podido Mr. de Talleyrand transformar su ociosidad en obras maestras, es probable que se engañase al hablar de la necesidad de deshacerse del tiempo: solo se triunfa del tiempo creando cosas inmortales; con trabajos sin porvenir, con distracciones frívolas, lo que se hace no es matarlo, sino gastarlo.

Ascendido Mr. de Talleyrand al ministerio por recomendacion de Mad. de Stael, que obtuvo su nombramiento de Chenier, y muy escaso entonces de bienes, restauró por cinco ó seis veces su fortuna con el millon que recibió de Portugal en la esperanza de que se firmaria una paz con el Directorio, paz que nunca llegó á firmarse; con la compra de bonos de Bélgica en la paz de Amiens, la cual supo Mr. de Talleyrand antes de que fuese conocida del público; con la ereccion del reino pasajero de Etruria; con la secularizacion de los bienes eclesiásticos de Alemania; con el cambalache de sus opiniones en el congreso de Viena. No hay cosa, hasta los papeles viejos de nuestros archivos, que el príncipe no haya querido ceder al Austria: juguete esta vez de Mr. de Metternich, este envió religiosamente los originales, despues de hacer sacar copia de ellos.

Incapaz Mr. de Talleyrand de escribir por sí solo una frase, hacia trabajar bajo su inspeccion; y cuando á fuerza de tachones y enmiendas llegaba su secretario á redactar los despachos segun le acomodaba, los copiaba de su mano. Le he oído leer algunos retazos agradables sobre su juventud en sus memorias principiadas. Como variaba en sus gustos, detestando hoy lo que queria ayer, si existen enteras esas memorias, cosa que dudo, y ha conservado en ellas las versiones opuesta, es probable que juicios sobre un mismo hecho, y especialmente sobre unos mismos hombres, se contradigan abiertamente. No creo en el depósito de los manuscritos en Inglaterra: la pretendida orden de no publicarlos hasta dentro de cuarenta años me parece una truhanería póstuma.

Perezoso y sin estudio, de naturaleza frívola y corazón disipado, se preciaba el príncipe de Benevento de lo que debia humillar su orgullo; de mantenerse en pié despues de la caída de los imperios. Los espíritus de primer orden, que producen las revoluciones, desaparecen; los de segundo orden, que se aprovechan de ellas, quedan. Esos personajes del día siguiente y de industria asisten al desfile de las generaciones; están encargados de visar los pasaportes y certificar la sentencia: Mr. de Talleyrand era de esta especie inferior: firmaba los sucesos; no los hacia.

Sobrevivir á los gobiernos, quedar cuando un poder se va, declararse en permanencia, preciarse de no pertenecer mas que al país, ser el hombre de las cosas y no el hombre de los individuos, es la fatuidad del egoísmo fuera de su centro, que se esfuerza en ocultar su poca elevacion bajo la ampulosidad de las palabras. Muchos caracteres se cuentan hoy de esa igualdad de ánimo; muchos de esos ciudadanos del suelo: sin embargo, para que haya grandeza en envejecer como el ermitaño en las ruinas del Coliseo, es preciso guardarlas con una cruz: Mr. de Talleyrand habia hollado la suya con sus piés.

Nuestra especie se divide en dos partes desiguales: los hombres de la muerte y amados de ella, rebaño escogido que renace: los hombres de la vida y olvidados de ella, multitud de nada que no vuelve á nacer. La existencia temporal de estos consiste en el nombre, en el crédito, en el puesto, en la fortuna: su ruido, su autoridad, su poder, se desvanecen con su persona: cerrados su salon y su fêretro queda cerrado su destino. Así ha sucedido á Mr. de Talleyrand: su momia, antes de bajar á su cripta, fue expuesta por un momento en Londres, como representante de la monarquía cadáver que nos rige.

Mr. de Talleyrand ha hecho traicion á todos los gobiernos, y lo repito, no ha levantado ni derribado ninguno. No tenia superioridad real, en la verdadera acepcion de estas palabras. Una morralla de frívolas prosperidades, tan comunes en la vida aristocrática, no conduce á dos piés mas allá de la fosa. El mal que no obra con una explosion terrible; el mal empleado con parsimonia por el esclavo en provecho del amo, no es mas que torpeza. El vicio, alegado del crimen, entra en la domesticidad. Supóngase á monsieur de Talleyrand plebeyo, pobre y oscuro, sin tener con su inmoralidad mas que su indisputable talento de salon, y nadie hubiera oído hablar de él. Quitese de Mr. de Talleyrand al gran señor envilecido, al cura casado, al obispo degradado, ¿y qué le queda? Su reputacion y sus triunfos han dependido de estas tres depravaciones.

La comedia con que el prelado ha coronado sus ochenta y dos años es una cosa lastimosa: primero, para dar pruebas de fuerza fué á pronunciar en el Instituto el elogio de un pobre diablo alemán, de quien se burlaba. A pesar de tantos espectáculos como han saciado nuestra vista, hubo que abrir calle para ver salir al grande hombre: despues fué á morir á su casa como Diocleciano, mostrándose al universo.

El vulgo se ha embobado en la hora suprema de ese príncipe, podrido en sus tres cuartas partes, con una úlcera gárgena en el costado, la cabeza caída sobre el pecho á pesar de la venda que la sostenía, disputando minuto á minuto su reconciliación con el cielo; y haciendo su sobrina en torno suyo un papel preparado de antemano entre un cura engañado y una mucha engañada también; cuando su palabra iba á extinguirse firmó de cansancio (ó quizá no firmó) la retractación de su primera adhesión á la iglesia constitucional; pero sin dar señal alguna de arrepentimiento, sin cumplir los últimos deberes del cristiano, sin retractar las inmoralidades y escándalos de su vida. Jamás se ha mostrado el orgullo tan miserable, la admiración tan torpe, la piedad tan engañosa. Roma, prudente siempre no ha hecho pública, por este motivo la retractación.

Mr. de Talleyrand, llamado de larga fecha al tribunal de arriba, era contumaz: la muerte lo buscaba de parte de Dios, y lo ha hallado al fin. Para analizar minuciosamente una vida tan estragada, como sana ha sido la de Mr. de Lafayette, sería preciso tomarse molestias que no me creo capaz de tolerar. Los hombres llagados se asemejan á los cadáveres de prostitutas; las úlceras los han corroido de tal modo, que no sirven para la disección. La revolución francesa es una vasta destrucción política colocada en medio del mundo antiguo: temamos que se establezca una destrucción mucho más funesta; temamos una destrucción moral por el lado malo de esa revolución. ¿Qué sería de la especie humana si nos afanásemos en rehabilitar costumbres justamente condenadas, en ofrecer á nuestro entusiasmo odiosos ejemplos, en presentar los progresos del siglo, el establecimiento de la libertad, la profundidad del genio en naturalezas abyectas ó en hechos atroces? No osándose proconizar el mal bajo su verdadero nombre, se emplea el sofisma, guardaos de tomar á esa bestia por un espíritu de tinieblas: ¡es un ángel de luz! Toda fealdad es hermosa, todo oprobio honroso, toda enormidad sublime: á todo vicio aguarda su admiración. Hemos vuelto á aquella sociedad material del paganismo, en que cada depravación tenía sus altares. ¡Anatema contra esos elogios cobardes, mentirosos, criminales, que falsean la conciencia pública, pervierten á la juventud, desaniman á las personas honradas y son un ultraje á la virtud y reproducen la saliva del soldado romano que escupió al rostro de Jesucristo!

MUERTE DE CARLOS X.

París 1830.

Estando en Praga en 1833, me dijo Carlos X, — «¿Conque vive todavía ese anciano Talleyrand?» Y Carlos X abandonó la vida dos años antes que monsieur de Talleyrand: la muerte privada y cristiana del monarca contrasta con la muerte pública del obispo apóstata, compareciendo recalcitrante á los pies de la incorruptibilidad divina.

El 3 de octubre de 1835 había yo escrito á la duquesa de Berry la siguiente carta, añadiendo á ella una posdata el 15 de noviembre del mismo año.

«Señora, Mr. Walsh me ha entregado la carta con que habeis querido honrarme. Estaría pronto á obedecer á los deseos de V. A. R., si los escritos pudiesen algo hoy día; pero la opinión ha caído en tal apatía, que apenas podrían agitarla los sucesos más grandes. Me habeis permitido, señora, hablaros con una franqueza que solo puede excusar mi lealtad. V. A. R. sabe que me he opuesto á casi todo cuanto se ha hecho, hasta me he atrevido á no opinar favorablemente respecto de vuestro viaje á Praga. Enrique V sale ahora de la infancia, va á entrar muy

pronto en el mundo con una educación que nada le ha enseñado del siglo en que vivimos. ¿Quién será su guía? ¿Quién le mostrará las cortes y los hombres? ¿Quién le hará conocer y como aparecer de lejos á la Francia? Cuestiones importantes que, verosíblemente y por desgracia, serán resueltas en el sentido que todas las otras. Como quiera que sea, el resto de mi vida pertenece á mi joven rey y á su augusta madre. Mis previsiones para lo futuro no me harán nunca infiel á mis deberes.

«Mad. de Chateaubriand pide el permiso de poner sus respetos á los pies de V. A. R. Ofrezco al cielo todos mis votos por la gloria y prosperidad de la madre de Enrique V, y soy con profundo respeto,

«Señora.

«De V. A. R. muy humilde y obediente servidor,

«CHATEAUBRIAND.»

«P. D. Esta carta aguardaba hacia un mes ocasión segura para poder llegar á manos de V. A. R. Hoy mismo he sabido la muerte del augusto abuelo de Enrique. ¿Introducirá esta triste noticia algun cambio en los destinos de V. A. R.? Me atreveré á suplicar á Madame me permita participar del profundo sentimiento que debe experimentar, y ofrecer el tributo respetuoso de mi dolor al señor delfín y á su esposa.

«CHATEAUBRIAND.»

«15 de noviembre.

«Carlos X ha dejado de existir.

«Sesenta años de pruebas han adornado á la víctima.»

Treinta años de destierro: ¡la muerte á sesenta y nueve años en tierra extranjera! A fin de que no pueda dudarse de la misión de desgracia que el cielo confió á ese príncipe sobre la tierra, fue víctima de un azote.

Carlos X volvió á hallar en su hora suprema la calma, la igualdad de ánimo que le faltaron á veces durante su larga carrera. Cuando supo el peligro que le amenazaba, se contentó con decir: — «No creía que esta enfermedad fuese tan corta.» Cuando Luis XVI marchó al patíbulo, el oficial de servicio se negó á recibir el testamento del sentenciado, porque le faltaba el tiempo y tenía que conducir al rey al suplicio. El rey respondió: — «Teneis razon.» Si Carlos X en otras ocasiones hubiese mirado su vida con esa indiferencia, ¡cuántas miserias se habria ahorrado! Concíbese que los Borbones tengan apego á una religión que los hace tan nobles en los últimos momentos: Luis IX, amante de su descendencia, envía el valor del santo para que les guarde á orillas del sepulcro. Esa raza sabe morir de un modo admirable: verdad es que hace más de ochocientos años que está aprendiendo á hacerlo. Carlos X se ha marchado en la persuasión de no haberse engañado: si ha esperado en la misericordia divina, fue en razón del sacrificio que creyó hacer de su corona á lo que pensaba ser el deber de su conciencia y el bien de su pueblo: las convicciones son harto escasas para no tenerlas en cuenta. Carlos X ha podido tener la conciencia de que el reinado de sus dos hermanos y el suyo no han pasado sin libertad ni sin gloria: en tiempo del rey mártir, la libertad de la América y la emancipación de la Francia; en tiempo de Luis XVIII, el gobierno representativo dado á nuestra patria, el restablecimiento de la dignidad real efectuado en España: la independencia de la Grecia, recobrada en Navarino en tiempo de Carlos X; el Africa, adquirida para nosotros en compensación del territorio perdido con las conquistas de la república: estos resultados, que pertenecen á nues-

tros fastos, á despecho de las estúpidas envidias y de las sanas enemistades; esos resultados resaltarán más, conforme se vaya entrando en las humillaciones de la monarquía de julio. Pero es de temer que esas joyas de valor sirvan solo á días que ya han espirado, como la corona de flores sobre la frente de Homero expulsado con gran respeto de la república de Platon. La legitimidad parece no tener hoy intención de ir más lejos: parece adoptar su caída.

La muerte de Carlos X no podría ser un acontecimiento efectivo, sino poniendo término á una deplorable contestación de cetro, y dando una nueva dirección á la educación de Enrique V: ahora bien es de temer que la corona ausente sea disputada siempre, y que la educación concluya sin haber sido cambiada virtualmente, quizá por no darse la molestia de tomar un partido, se duerman en hábitos gratos á la debilidad, dulces para la vida de familia, cómodos para el cansancio que sucede á largos sufrimientos. La desgracia que se perpetúa produce en el alma los mismos efectos que la vejez en el cuerpo: no puede uno moverse, y se acuesta. La desgracia se asemeja también al ejecutor de las altas justicias del cielo: despoja á los condenados, arranca al rey su centro, al militar su espada, quita la calidad al noble, el corazón al soldado, y los envía degradados con el vulgo.

Por otra parte, de la extremada juventud se sacan razones de acomodamiento: cuando se tiene mucho tiempo de qué disponer, se persuade uno de que puede aguardar: hay todavía muchos años ante los sucesos: — «Ellos vendrán á buscarnos, se exclama, sin que nos tomemos trabajo ninguno: todo madurará, y el día del trono llegará por sí. Dentro de veinte años habrán desaparecido las prevenciones.» Este cálculo podría tener alguna exactitud, si las generaciones no trascurriesen ó no se volviesen indiferentes; pero tal cosa puede parecer una necesidad en una época dada, que llegue á no ser siquiera sentida en otra.

¡Ay! ¡Con qué rapidez se desvanecen las cosas! ¿Dónde están los tres hermanos á quienes he visto reinar sucesivamente? Luis XVIII habita en San Dionisio con los restos mutilados de Luis XVI: Carlos X acaba de ser depositado en Goritz en un féretro cerrado con tres llaves.

Los restos de este rey, al caer de lo alto, han conmovido á sus abuelos, quienes, agitando en su sepulcro, han dicho estrechándose: — «Hagamos sitio; este es el último de los nuestros.» Bonaparte no ha hecho tanto ruido al entrar en la noche eterna: los antiguos muertos no se han despertado por el emperador de los nuevos muertos: aquellos no le conocían. La monarquía francesa une el mundo antiguo al mundo moderno. Augustulo deja la diadema en 476. Cinco años despues, en 481, reina en las Galias la primera raza de nuestros reyes; Clodoveo.

Al asociar Carlo-Magno al trono á Luis el Piadoso, le dijo: — «Hijo querido de Dios, mi edad avanza: hasta la vejez huye, y el tiempo de mi muerte se acerca: el país de los francos me vió nacer. Jesucristo me ha concedido ese honor. Yo he sido el primero de los francos que he obtenido el nombre de César, y trasladado al imperio de los francos el imperio de la raza de Rómulo.»

En tiempo de Hugo, con la tercera raza, la monarquía electiva se hizo hereditaria. La herencia engendra la legitimidad, ó la permanencia ó la duración.

El imperio cristiano de los franceses debe colocarse entre las fuentes bautismales de Clodoveo y el cadalso de Luis XVI. La misma religión estaba en pie en las dos barreras. — «Dulce Sicambro, inclina la cerviz; adora lo que has quemado; quema lo que has adorado,» dijo el sacerdote que administraba á Clodoveo el bautismo del agua: — «Hijo de San Luis, subid al cie-

lo,» dijo el sacerdote que asistía á Luis XVI en su bautismo de sangre.

Aun cuando no hubiera en Francia mas que esa antigua casa de Francia contraída por el tiempo y cuya magestad asombra, podríamos en punto á cosas ilustres enseñar á todas las naciones. Los Capetos reinaban cuando los demás soberanos de Europa eran todavía súbditos. Los vasallos de nuestros reyes llegaron á ser reyes. Estos soberanos nos han transmitido sus nombres con títulos que la posteridad ha reconocido como auténticos: los unos fueron llamados agosto, santo, anciano, grande, cortés, atrevido, prudente, victorioso, muy amado; los otros, padre del pueblo, padre de las letras. «Como está escrito por vituperio, dice un antiguo historiador que todos los buenos reyes servios podrían haber cómodamente en una argolla, los malos reyes de Francia podrían haber mucho mejor, pues tan corto es su número.»

Bajo la influencia de la familia real se disipan las tinieblas de la barbarie: la lengua se forma, las letras y las artes producen sus obras maestras, nuestras ciudades se embellecen, nuestros monumentos surgen, nuestros caminos se abren, nuestros puertos se construyen, nuestros ejércitos asombran á Europa y Asia, y nuestras escuadras cubren los dos mares.

Nuestro orgullo monta en cólera con la simple exposición de esos magníficos tapices del Louvre. Desconocidos esta mañana, y más desconocidos esta tarde, no por eso dejamos de persuadirnos de que eclipsamos lo que nos precedió. Y sin embargo, al pasar, al huir cada minuto, nos pregunta: — «¿Quién eres?» Y no sabemos qué responder. Carlos X ha contestado: se ha ido con una era entera del mundo: el polvo de mil generaciones va mezclado al suyo; la historia le saluda, los siglos se arrodillan ante su tumba: todos han conocido su raza, y ella no les ha faltado; ellos son, por el contrario, los que han faltado.

Rey desterrado, los hombres han podido proscribirlos; pero no sereis expulsados del tiempo: dormís vuestro duro sueño en un monasterio, sobre la última tabla destinada á algun franciscano. No asisten á vuestras exequias heraldos de armas, y solo si un puñado de vejez encanecidas no hay grandes que arrojen en la bóveda las insignias de su dignidad, han hecho homenaje de ellas en otra parte. En la punta de vuestro féretro están sentadas edades mudas; una larga procesion de días pasados lleva en silencio y con los ojos cerrados el luto alrededor de vuestro ataúd.

A vuestro lado reposan vuestro corazón y vuestras entrañas, arrancados de vuestro seno y de vuestros costados, como se coloca al lado de una madre difunta el fruto abortivo que le costó la vida. A cada aniversario, monarca cristianismo, cenobita despues de la muerte, algun hermano os rezará las oraciones de cabo de año; no atraeréis á vuestro aquí yace eterno mas que á vuestros hijos, desterrados con vos: porque aun en Trieste el monumento de las princesas está vacío: sus restos sagrados han vuelto á ver á su patria, y vos habeis pagado al destierro con vuestro destierro la deuda de aquellas nobles damas.

¡Ay! ¡Por qué no se reúnen hoy tantos restos dispersos como se reúnen antigüedades exhumadas de diferentes excavaciones! El arco de triunfo llevaría por coronamiento el sarcófago de Napoleón, ó la columna de bronce elevaría sobre restos inmortales, victorias inmóviles. Y sin embargo, la piedra labrada por orden de Sesostris sepulta desde hoy el cadalso de Luis XVI bajo los pies de los siglos. Llegará la hora en que el obelisco del desierto volverá á hallar sobre la plaza de los asesinatos el silencio y la soledad de Lugeor.

CONCLUSION.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DESDE LA REGENCIA HASTA 1789.

25 de setiembre de 1841.

Principié á escribir estas *Memorias* en la *Vallée aux Loups* el 4 de octubre de 1811, y acabo de revisarlas corrigiéndolas en París el 25 de setiembre de 1841: hace por lo tanto treinta años, once meses y veinte y un días que llevo secretamente la pluma formando mis libros públicos en medio de todas las revoluciones y de todas las vicisitudes de su existencia. Mi mano está cansada: ¡ojalá no haya pesado sobre mis ideas, que no se han doblegado y que siento vivas como al principio de la carrera! Pensaba añadir á mi trabajo de treinta años una conclusion general, y decir, segun he indicado varias veces, cómo estaba el mundo cuando entré en él y cómo está al dejarle. Pero tengo delante de mí el reloj de arena, y veo la mano que los marinos creían ver salir en otro tiempo de las olas en la hora del naufragio: esa mano me hace seña de que abrevie; voy, pues, á estrechar la escala del cuadro sin omitir nada esencial.

Luis XIV murió. El duque de Orleans fue regente durante la minoría de Luis XV. Estalló una guerra con España, á consecuencia de la conspiracion de Cellamare, y se restableció la paz con la caída de Alberoni. Luis XV llegó á la mayor edad el 15 de febrero de 1723. El regente sucumbió diez meses despues. Este habia comunicado su gangrena á la Francia, instalado á Dubois en la silla de Fenelon, y levantado á Law. El duque de Borbon llegó á ser primer ministro de Luis XV, y tuvo por sucesor al cardenal Fleury, cuyo genio consistia en los años. En 1734 estalló la guerra en que fue herido mi padre delante de Dantzick. En 1745 se dió la batalla de Fontenoy: uno de nuestros reyes menos belicosos nos hizo triunfar en la única gran batalla en regla que hemos ganado á los ingleses, y el vencedor del mundo añadió en Waterloo un desastre mas á los desastres de Crecy, de Poitiers y de Azincourt. La iglesia de Waterloo está adornada con el nombre de los oficiales ingleses muertos en 1815; en la iglesia de Fontenoy no se halla mas que una piedra con estas palabras: «Aquí yace el cuerpo del Sr. Felipe de Vitry, el cual fue muerto á la edad de 27 años en la batalla de Fontenoy el 11 de mayo de 1745.» Ninguna señal indica el sitio de la accion; pero se sacan de la tierra esqueletos con balas aplastadas en el cráneo. Los franceses llevan escritas sus victorias sobre su frente.

Mas adelante, el conde de Gisors, hijo del mariscal de Belle-Isle, cayó en Crevelt. En él se extinguió el nombre y la descendencia directa de Fouquet. De la señorita de la Valliere se habia pasado á Mad. de Chateauroux. Causa cierta tristeza ver llegar nombres á su fin, de siglos en siglos, de bellezas en bellezas, de gloria en gloria.

En el mes de junio de 1743 habia principiado sus aventuras el segundo pretendiente de los Estuardos, infortunios que arrullaron mi niñez, hasta que Enrique V reemplazase en el destierro al pretendiente inglés.

El fin de aquellas guerras anunció nuestros desastres en nuestras colonias. La Bourdonnais vengó el pabellon francés en Asia: sus disensiones con Dupleix, despues de la toma de Madrás, lo estropearon todo. La paz de 1748 suspendió aquellas desgracias: en 1755 se empeñaron de nuevo las hostilidades, que principiaron por el terremoto de Lisboa, en el que pereció el hijo de Racine. A pretexto de algunos terrenos en litigio en la frontera de la Acadia, se apoderó Inglaterra sin declaracion de guerra de trescientos

buques mercantes nuestros: tambien perdimos el Canadá: hechos inmensos por sus consecuencias, sobre los que descuella la muerte de Wolf y de Montcalm. Despojados de nuestras posesiones en Africa y en la India, emprendió lord Clive la conquista de Bengala. Por aquellos dias tenian lugar las contiendas del jansenismo: Damiens habia lastimado á Luis XV: la Polonia fue repartida; llevóse á efecto la expulsion de los jesuitas: la córte bajó al Parc-aux-Cerfs. El autor del pacto de familia se retira á Chanteloup, mientras que bajo la direccion de Voltaire se consumaba la revolucion intelectual. Instalóse el tribunal pleno de Maupeou: Luis XV dejó el cadalso á la favorita que le habia degradado, despues de enviar á Garat y á Sanson á Luis XVI, el uno para leer y el otro para ejecutar la sentencia.

Este último monarca se habia casado el 16 de mayo de 1770 con la hija de María Teresa de Austria: sabida es la suerte que á esta cupo. Pasaron los ministros Machault, el anciano Maurepas, Turgot el economista, Malesherbes, de virtudes antiguas é ideas nuevas Saint-Germain, que destruyó la casa del rey y dió una ordenanza funesta, Calonne y Necker.

Luis XVI reunió los parlamentos, abolió el derecho de corvea, abrogó el tormento antes de pronunciar sentencia, devolvió los derechos civiles á los protestantes, reconociendo como legal su matrimonio. La guerra de América en 1779, impolitica para la Francia, juguete siempre de su generosidad, fue útil á la especie humana, pues restableció en el mundo entero la estimacion de nuestras armas y el honor de nuestro pabellon.

La revolucion se levantó pronta á dar á luz la generacion guerrera que ocho siglos de heroismo habian animado en su seno. Los merecimientos de Luis XVI no rescataron las culpas que sus abuelos le habian dejado para expirar; pero siempre caen sobre el mal los golpes de la Providencia, nunca sobre el hombre; Dios no abrevia los dias de la virtud sobre la tierra sino para prolongarlos en el cielo. Bajo el astro de 1793 fueron rotos los manantiales del grande abismo: reuniéronse despues todas nuestras glorias de otro tiempo, é hicieron su última explosion en Bonaparte: él no las devuelve en su tumba.

LO PASADO.—EL ANTIGUO ORDEN EUROPEO ESPIRA.

Habia yo nacido mientras se verificaban estos sucesos. Dos nuevos imperios, la Prusia y la Rusia, se me adelantaron apenas medio siglo sobre la tierra: la Córcega se hacia francesa en el momento en que aparecí: vine al mundo veinte dias despues que Bonaparte. El me llevaba consigo. Iba yo á entrar en la marina en 1783, cuando fundó en Brest la escuadra de Luis XVI: traia las actas del estado civil de una nacion nacida bajo las alas de la Francia. Mi nacimiento se relaciona con el nacimiento de un hombre y de un pueblo: yo era el pálido reflejo de una inmensa luz.

Si se fija la vista en el mundo actual, se le ve conmovirse á consecuencia del movimiento impreso por una gran revolucion desde el Oriente á la China, que parecia cerrada para siempre; de suerte que nuestras convulsiones pasadas nada serian; que el ruido de la fama de Napoleon apenas seria oído en el sentido trastornador general de los pueblos, asi como el mismo Napoleon extinguió todos los ruidos de nuestro antiguo globo.

El emperador nos dejó en una agitacion profética. Nosotros, que somos el Estado mas maduro y avanzado, mostramos numerosos síntomas de decadencia. Como un enfermo de gravedad atiende particularmente á lo que hallará en su tumba, una nacion que se siente desfallecer se alarma por su suerte futura. De ahí esas herejías políticas que se suceden. El anti-

guo orden europeo espira: nuestros debates actuales parecerán luchas pueriles á los ojos de la posteridad. No existe ya nada: autoridad de la experiencia y de la edad, nacimiento ó genio, talento ó virtud, todo se niega; algunos individuos suben á la cima de las ruinas, se proclaman gigantes, y ruedan abajo como pigmeos. A excepcion de unos veinte hombres que sobrevivirán y que estaban destinados á llevar la antorcha al través de los espacios tenebrosos en que se entra, á excepcion de esos pocos hombres, una generacion que llevaba en sí un espíritu fecundo, conocimientos adquiridos, gérmenes felices de todo, los ha ahogado en una inquietud tan improductiva como estéril en su orgullo. Muchedumbres sin nombre se agitan sin saber por qué, como las asociaciones populares de la edad media; rebaños hambrientos que no reconocen pastor, que corren de la llanura al monte y del monte á la llanura, desdeñando la experiencia de los pastores curtidos al viento y al sol. En la vida de ciudad, todo es transitorio: la religion y la moral dejan de ser admitidas, ó cada cual las interpreta á su manera. Entre las cosas de una naturaleza inferior, hasta en fuerza de conviccion y existencia, una reputacion palpita apenas una hora; un libro se hace viejo en un dia; los escritos se acatan para llamar la atencion: otra vanidad: nadie oye ni su último suspiro.

De esta predisposicion de los ánimos resulta que no se imaginan otros medios de conmovir que escenas de cadalso y de costumbres impuras: se olvida que las verdaderas lágrimas son las que hace correr una bella poesia, y en las que van mezclados tanto dolor como admiracion, pero ahora que los ingenios se alimentan de la regencia y del terror, ¿qué necesidad habia de asuntos para nuestras lenguas destinadas á morir tan pronto? No caerán ya del genio del hombre algunos de esos pensamientos que llegan á ser patrimonio del universo.

Eso es lo que todos se dicen y lo que todos deploran, y sin embargo, las ilusiones abundan, y cuánto mas cerca está uno de su fin, mas cree que ha de vivir. Ve uno monarcas que se figuran ser monarcas; ministros que se creen ministros; diputados que toman por lo serio sus discursos; propietarios que, poseyendo por la mañana, están persuadidos de que poseerán tambien por la tarde. Los intereses particulares, las ambiciones personales ocultan al vulgo la gravedad del momento; á pesar de las oscilaciones de los asuntos diarios, no son aquellas mas que una aruga en la superficie del abismo; no disminuyen la profundidad de las olas. Al lado de mezquinas loterías casuales, el género humano juega la gran partida; los reyes tienen aun las cartas, y las tienen para las naciones; ¿valdrán estas mas que los monarcas? Cuestion aparte que no altera el hecho principal. ¿Qué importancia tienen juguetes de niños, sombras que se deslizan sobre la blancura de un sudario? La invasion de las ideas ha sucedido á la invasion de los bárbaros; la civilizacion actual descompuesta se pierde en sí misma; el vaso que la contiene no ha derramado su líquido en otro vaso; el vaso es el que se ha roto.

DESIGUALDAD DE LAS FORTUNAS.—PELIGRO DE LA EXPANSION DE LA NATURALEZA INTELIGENTE Y DE LA NATURALEZA MATERIAL.

¿En qué época desaparecerá la sociedad? ¿Qué accidentes podrán suspender sus movimientos? En Roma, el reinado del hombre fue sustituido al reinado de la ley; se pasó de la república al imperio, nuestra revolucion se consumó en sentido contrario; hay inclinacion á pasar de la monarquía á la república, ó para no especificar formas, á la democracia: esto no se efectuará sin dificultad.

¿Para no tocar mas que un punto entre mil, la propiedad, por ejemplo, permanecerá distribuida

como lo está? La monarquía, nacida en Reims, habrá podido hacer marchar esa propiedad, templando su rigor por la difusion de las leyes morales, como habia cambiado la humanidad en caridad. Un estado político en donde unos tienen millones de renta al paso que otros se mueren de hambre, ¿podrá subsistir cuando no esté allí la religion con sus esperanzas de la otra vida para explicar el sacrificio? Hay niños á quienes sus madres amantan á sus pechos escuálidos por falta de un pedazo de pan para sustentar sus moribundos infantes: hay familias cuyos individuos se ven precisados á acurrucarse unos junto á otros por las noches por falta de manta con que abrigarse. ¡Aquel ve madurar sus innumerables surcos; este no poseerá mas que los seis piés de tierra prestados á su tumba por su país natal. Ahora bien; ¿cuántas espigas de trigo pueden dar seis piés de tierra á un muerto?

Conforme se difunde la instruccion en las clases inferiores, van descubriendo estas la llaga secreta que corroee al orden social irreligioso. La demasiada desproporcion de las condiciones y de las fortunas ha podido tolerarse en tanto que ha estado oculta; pero así que se ha notado generalmente esa desproporcion se hizo sentir el golpe. Recompónganse, si ser puede, las ficciones aristocráticas; trátese de persuadir al pobre cuando este sepa leer bien, y no creará: cuando posea la misma instruccion que otro, esfuércese este en persuadirle á que se someta á todas las privaciones, mientras que su vecino posee mil veces lo superfluo: en último resultado, no habrá mas medio que matarlo.

Cuando el vapor llegue á perfeccionarse, cuando, unido al telégrafo y á los caminos de hierro, haya hecho desaparecer las distancias, no serán solo las mercancías las que viajen, sino tambien las ideas, que han recuperado el uso de sus alas. Cuando las barreras fiscales y comerciales hayan sido abolidas entre los diversos Estados, como lo están ya entre las provincias de un mismo Estado; cuando los diferentes países en relaciones diarias tiendan á la unidad de los pueblos, ¿cómo podrá resucitarse el antiguo modo de separacion?

La sociedad, por otra parte, no está menos amenazada por la expansion de la inteligencia que por el desarrollo de la naturaleza bruta: supónganse los brazos condenados á la inaccion por la multiplicidad y variedad de las máquinas: admítase que un mercenario único y general, la materia, reemplace á los mercenarios de la tierra y de la domesticidad: ¿qué haréis del género humano desocupado? ¿Qué de las pasiones ociosas al mismo tiempo que la inteligencia? El vigor del cuerpo se conserva con las ocupaciones físicas: cesando el trabajo, desaparece la fuerza: llegaríamos á ser semejantes á esas naciones del Asia, presa del primer invasor, y que no pueden defenderse contra una mano que maneje el hierro. Así es que la libertad no se conserva sino por el trabajo, porque el trabajo produce la fuerza: quítese la maldicion pronunciada contra los hijos de Adán, y ellos perecerán en la esclavitud: *In sudore vultus tui vesceris pane*. La maldicion divina entra, pues, en el misterio de nuestra suerte: el hombre no es tanto el esclavo de sus sudores como de sus pensamientos; véase cómo despues de dada la vuelta á la sociedad; despues de haber pasado por las diversas civilizaciones; despues de haber supuesto sus perfecciones desconocidas, se halla uno en el punto de partida, en presencia de las verdades de la Escritura.

CAIDA DE LAS MONARQUÍAS.—DEGENERACION DE LA SOCIEDAD Y PROGRESO DEL INDIVIDUO.

Europa habia tenido en Francia, cuando nuestra monarquía de ocho siglos, el centro de su inteligen-

cia, de su perpetuidad y de su reposo: privada la Europa de esa monarquía, al punto se inclinó á la democracia. El género humano, por su bien ó por su mal, es independiente: los príncipes han sido sus custodios: habiendo llegado las naciones á su mayor edad, pretenden no necesitar ya de tutores. Desde David hasta nuestra época han sido llamados los reyes la vocación de los pueblos principia. Las cortas y pequeñas expediciones de las repúblicas griega, cartaginesa y romana, con esclavos, no impedian en la antigüedad que el estado monárquico fuese el estado normal en el globo. La sociedad entera moderna, desde que no existe la bandera de los reyes franceses, abandona la monarquía. Dios, á fin de apresurar la degradación del poder real, ha entregado el cetro en diferentes épocas á reyes incapaces, á muchachas en mantillas ó en la aurora de sus bodas; y á semejantes leones sin quijadas, á semejantes leones sin uñas, á semejantes niñas en mantillas ó recién desposadas, ¡habrán de seguir hombres criados en esta era de incredulidad!

Proclámanse los principios mas osados á la faz de los monarcas que se creen seguros tras de la triple fila de una guardia sospechosa. La democracia los persigue: ellos suben de piso en piso, desde la planta baja hasta lo mas alto de sus palacios, de donde se arrojarán á nado por las ventanas.

En medio de esto, nótese una contradicción fenomenal: el estado material mejora, el progreso intelectual aumenta, y las naciones, en vez de aprovecharse de ello, degeneran: ¿de qué nace esa contradicción?

Es que hemos perdido en el orden moral. En todos tiempos ha habido crímenes; pero jamás se cometían á sangre fría, como en nuestros días, en razón de la pérdida del sentimiento religioso. Ahora no repugnan ya; parecen una consecuencia de la marcha del tiempo: si en otro tiempo se les juzgaba de un modo diferente, es porque no se habia adelantado bastante todavía, según se atreven á afirmar, en el conocimiento del hombre: en la actualidad se los analiza, se los prueba en el crisol, á fin de ver la utilidad que puede sacarse de ellos, como la química halla ingredientes en los basureros. Las corrupciones del ánimo, mucho mas destructoras que las de los sentidos, son aceptadas como resultados necesarios: ya no pertenecen á algunos individuos perversos, sino que han caído en el dominio público.

Tales personas se verían humilladas si se les probase que tienen un alma; que mas allá de esta vida encontrarán otra; se creerían faltos de firmeza, de fuerza y de genio, si no se elevasen sobre la pusilanimidad de nuestros padres: adoptan la nada, ó si se quiere la duda, no como un hecho desagradable quizá, sino como una verdad que no puede negarse. ¡Admírese lo obtuso de nuestro orgullo!

Así es cómo se explica la degeneración de la sociedad y el progreso del individuo. Si el sentido moral se desarrollase en razón del desenvolvimiento de la inteligencia, habria contrapeso, y la humanidad engrandecería sin peligro; pero sucede todo lo contrario: la percepción del bien y del mal se oscurece á medida que la inteligencia se aclara; la conciencia se reduce á medida que las ideas se ensanchan. Si; la sociedad perecerá: la libertad, que podia salvar al mundo, no marchará, por no apoyarse en la religión: el orden, que podia mantener la regularidad, no se establecerá sólidamente, porque le combate la anarquía de las ideas. La púrpura, que comunicaba en otro tiempo el poder, no servirá ya de lecho sino á la desgracia: nadie se salvará que no haya nacido, como Jesucristo, sobre la paja. Cuando los monarcas fueron desenterrados en San Dionisio, en el momento en que la trompeta tocó á la resurrección popular; cuando sacados de sus tumbas socavadas aguardaban

la sepultura plebeya, llegaron los traperos á este juicio final de los siglos, miraron con sus faroles en la noche eterna, y registraron los restos escapados á la primer rapiña. Los reyes no estaban ya allí; pero la monarquía sí, y arrancándola de las entrañas del tiempo, la echaron en la cesta de los despojos.

EL PORVENIR.—DIFICULTAD DE COMPRENDERLO.

Esto en cuanto á la vieja Europa, la cual no revirá jamás. ¿Ofrece mas probabilidades la Europa joven? El mundo actual; el mundo, sin autoridad consagrada, parece situado entre dos imposibles: la imposibilidad de lo pasado y la imposibilidad del porvenir. Y no vaya á creerse, como se figuran algunos, que si estamos mal ahora, renacerá el bien del mal: la naturaleza humana, desviada de su curso en su origen, no marcha así debidamente. Por ejemplo, los excesos de la libertad conducen al despotismo; pero los excesos de la tiranía no conducen mas que á la tiranía: esta, degradándonos, nos hace incapaces de independencia: Tiberio no hizo ascender á Roma á la república; no dejó en pos de sí mas que á Calígula.

Para evitar explicaciones, se contenta uno con declarar que los tiempos pueden ocultar en su seno una constitución política que no alcanzamos á ver. ¿La antigüedad entera, los mas hermosos genios de la antigüedad, comprendían la sociedad sin esclavos? Y la vemos subsistir. Se afirma que esa civilización, que está por nacer la especie, se engrandecerá, y yo mismo lo he dicho; sin embargo, ¿no es de temer que el individuo se disminuya? Podremos ser abejas laboriosas ocupadas en comun de nuestra miel. En el mundo material los hombres se asocian para el trabajo; una muchedumbre llega mas pronto y por diferentes caminos á la cosa que busca: masas de individuos levantarán las pirámides; estudiando cada cual por su lado, encontrarán esos individuos descubrimientos en las ciencias, explorarán todos los rincones de la creación física. ¿Pero en el mundo moral sucede así? Por mas que se coliguen mil cerebros, jamás llegarán á componer la obra maestra que sale de la cabeza de un Homero.

Se ha dicho que una ciudad cuyos miembros tengan una repartición igual de bienes y educación presentará á las miradas de la divinidad un espectáculo superior á la ciudad de nuestros padres. La locura de la época es llegar á la unidad de los pueblos y no hacer mas que un solo hombre de la especie entera. Bien; pero al adquirir facultades generales, ¿no perecerá toda una serie de sentimientos privados? Adios, dulzuras del hogar; adios, encantos de la familia: entre todos esos seres blancos, amarillos, negros, reputados compatriotas vuestros, no podríais arrojaros al cuello de un hermano. ¿No habia nada en la vida de otro tiempo, en ese espacio limitado que divisábais desde vuestra ventana rodeada de yedra? Mas allá de vuestro horizonte sospechábais países desconocidos de que apenas os hablaba el ave de paso, único viajero que veíais en el otoño. Era una dicha pensar que las colinas que os rodeaban no desaparecerían á vuestros ojos; que contendrían vuestras amistades y vuestros amores; que el gemido de la noche en torno de vuestro asilo seria el único ruido con que os dormiríais; que jamás seria turbada la soledad de vuestra alma; que encontraríais allí siempre los pensamientos, que os aguardan para continuar con vos su conservación familiar. Sabíais dónde habíais nacido; sabíais dónde estaba vuestra tumba: penetrando en el bosque, podíais decir: —«Hermosos árboles, que me visteis nacer; pronto me vereis morir.» El hombre no necesita viajar para engrandecerse: lleva consigo la inmensidad. Tal acento, que se

escapa de vuestro seno, no se mide, y encuentra eco en millares de almas: el que en sí no tiene esa melodía, en vano la pedirá al universo. Sentaos en el tronco del árbol cortado en el fondo de los bosques: si en el olvido profundo de vos mismo, en vuestra inmovilidad, en vuestro silencio, no hallais lo infinito es inútil que vagueis por las orillas del Ganges.

¿Qué seria una sociedad universal que no tuviese pais particular, que no fuese ni francesa, ni inglesa, ni alemana, ni española, ni portuguesa, ni italiana, ni rusa, ni tártara, ni turca, ni persa, ni india, ni china, ni americana, ó mas bien, ¿qué serían á la vez todas estas sociedades? ¿Qué resultaría de ahí para sus costumbres, sus ciencias, sus artes, su poesía? ¿Cómo se expresarian pasiones sentidas á la vez á la manera de los diferentes pueblos en los diferentes climas? ¿Cómo entraría en el lenguaje esa confusión de necesidades y de imágenes producidas por los diversos soles que hayan alumbrado á una juventud, una virilidad y una vejez comunes? ¿Y cuál seria ese lenguaje? ¿De la fusión de las sociedades resultará un idioma universal, ó habrá un dialecto de transacción que sirva para el uso diario, mientras que cada nación hablaría su propio idioma, ó bien serían entendidos por todas las diversas lenguas? ¿Bajo qué regla semejante, bajo qué ley única existiría esa sociedad? ¿Cómo hallar sitio en una tierra engrandecida por el poder de ubiuidad y reducida por las pequeñas proporciones de un globo escavado por todas partes? No quedaria mas que pedir á la ciencia el medio de cambiar de planeta.

SANSIMONIANOS.—FALANSTERIANOS.—FOURIERISTAS.—OWENISTAS.—SOCIALISTAS.—COMUNISTAS.—UNIONISTAS.—IGUALITARIOS.

¿Quereis, cansado de la propiedad particular, hacer del gobierno un propietario único, que distribuya á la comunidad hecha mendicante una parte arreglada al mérito de cada individuo? ¿Quién tendrá la fuerza y la autoridad de hacer ejecutar vuestras sentencias? ¿Quién dirigirá y hará valer ese banco de inmuebles vivientes?

¿Buscareis la asociación del trabajo? ¿Y cuál aportará el débil, el enfermo, el ininteligente á la sociedad gravada con su ineptitud?

Otra combinación: pudiera formarse, reemplazando el salario, especies de sociedades anónimas ó en comandita entre los fabricantes y los operarios, entre la inteligencia y la materia, á las que unos aportarían su capital y su idea, otros su industria y su trabajo, repartiéndose en comun los beneficios producidos. Está muy bien la perfección completa admitida entre los hombres: está muy bien, sino hay queja, avaricia, ni envidia; pero que reclame un solo socio, y todo se echa por tierra... y principian las divisiones y los pleitos. Este medio, algo mas posible en teoría, es tan imposible como el otro en la práctica.

¿Buscareis, tratando de conciliar las opiniones, la edificación de una ciudad en que cada hombre posea un techo, hogar, vestidos, un alimento suficiente? Aun cuando llegáseis á dotar á cada ciudadano, las cualidades y los defectos alterarán vuestro reparto ó lo harán injusto: este tiene necesidad de un alimento mayor; aquel no puede trabajar tanto como este; los hombres económicos y laboriosos se harán ricos; los disipados, los perezosos, los enfermos volverán á la miseria, porque no podéis dar á todos un mismo temperamento: la desigualdad natural reaparecerá, á despecho de vuestros esfuerzos.

Y no creais que nos dejemos embarazar por las precauciones legales y complicadas que han exigido la organización de la familia, los derechos matrimoniales, tutelas, personalidad de herederos y represen-

tantes etc. El matrimonio es notoriamente una opresión absurda: todo eso lo abolimos. Si el hijo mata al padre, no es el hijo, como se prueba muy bien, el que comete un parricidio, sino el padre, que viviendo sacrifica al hijo. No vayais, pues, á perturbaros el cerebro con los laberintos de un edificio que echamos abajo: es inútil detenerse en esas bagatelas caducas de nuestros abuelos.

Esto no obstante, entre los modernos sectarios los hay quienes, entreviendo las imposibilidades de sus doctrinas, mezclan á ellas para hacerlas tolerables las palabras de moral y de religión: creen que hasta alcanzar cosa mejor podría conducirse primero á la ideal medianía de los americanos: cierran los ojos, y quieren olvidar que los americanos son propietarios, y propietarios ardientes, lo cual cambia algun tanto la cuestión.

Otros, mas mirados aun y que admiten una especie de elegancia de civilización, se contentarian con transformarnos en chinos constitucionales, casi casi ateos, ancianos ilustrados y libres, sentados con vestidos amarillos por siglos en nuestros sembrados de flores, pasando nuestros días en un bienestar adquirido á la multitud, habiendo inventado y hallado todo, vegetando en paz en medio de nuestros progresos efectuados, y poniéndonos solo en un camino de hierro, como un fardo, á fin de ir desde Canton á la gran muralla á hablar sobre la disecación de algun pantano ó la apertura de un canal con otro industrial del celeste imperio. En cualquiera de ambas suposiciones, americano ó chino, me tendré por dichoso en haber marchado antes de que me sobrevenga una felicidad semejante.

Quedaría, por último, una solución: podría suceder que en razón de una degradación completa del carácter humano se arreglasen los pueblos con lo que tienen: perderían el amor de la independencia reemplazado por el amor de los escudos, al propio tiempo que los reyes perderían el amor del poder transformado en amor de la lista civil. De ahí resultaría un compromiso entre los monarcas y los súbditos, encantados de arrastrarse en peloton en un orden político bastardo: ostentarian á su placer sus llagas unos delante de otros, como en los antiguos hospitales de leprosos ó como en los fangos en que se meten hoy los enfermos para aliviarse: se zambulliría uno en un cieno indiviso, en el estado de reptil pacífico.

Es emplear muy mal el tiempo el querer en el estado actual de nuestra sociedad reemplazar los placeres de la naturaleza actual con los goces de la naturaleza física. Considérese que estos pudiesen ocupar la vida de los antiguos pueblos aristocráticos: dueños del mundo, poseían palacios, rebaños de esclavos, y contaban en sus propiedades regiones enteras del Africa. ¿Pero bajo qué pórtico pasaríais hoy vuestros pobres ocios? ¿En qué baños vastos y suntuosos encerraríais los perfumes, las flores, las flautistas, las cortesanas de la Jonia? No es Heliogábalo el que quiere serlo. ¿Dónde tomaríais las riquezas indispensables para esas delicias materiales? El alma es económica, pero el cuerpo es disipador.

Digamos ahora algunas palabras sobre la igualdad absoluta: esta igualdad traería, no solo la servidumbre de los cuerpos, sino tambien la esclavitud de las almas: no se trataría nada menos que de destruir la desigualdad moral y física del individuo. Nuestra voluntad, dirigida bajo la inspección de todos, vería caer en desuso vuestras facultades. El infinito, por ejemplo, es de nuestra naturaleza: prohibase á nuestra inteligencia, ó hasta á nuestras pasiones, pensar en bienes sin fin, y quedará reducido el hombre á la vida del caracol, será metamorfoseado en máquina. Porque no hay que engañarse: sin la posibilidad de llegar á todo; sin la idea de vivir eternamente, la nada por todas partes: sin la propiedad individual,